

ticos este príncipe bávaro estaba reñido con la corte imperial; la actitud ambigua del emperador cuando la invasión del duque de Lorena en el obispado de Lieja había contribuido á aumentar su aversión á la casa de Habsburgo, y además halagaba su ambición la idea de ver á su familia elevada al trono imperial. Por consiguiente apoyó el proyecto de Francia, tanto mas cuanto que su ministro mas influyente, el conde Francisco Egon de Furstenberg, y el hermano de éste, Guillermo Egon, se mostraron muy accesibles al oro francés, siendo señalados por la opinion pública de su tiempo como instrumentos mercenarios de la política francesa en Alemania (1). Así fué que los deseos de Francia respecto de la eleccion del emperador encontraron desde un principio buena acogida en la corte del elector, y á pesar de muchos giros Maximiliano Enrique conservó hasta el último momento la idea de excluir á la casa de Austria, ó por lo menos al jefe de ella, el archiduque Leopoldo. Solo al fin, cediendo á la fuerza mayor de las circunstancias, abandonó su resistencia, y su ministro, que se había vendido á la Francia, se dejó tambien comprar por la casa de Austria, sin que por eso dejara de ser como su soberano el elector adversario de los Habsburgos y amigo político del rey de Francia.

Respecto de la eleccion del elector de Baviera, cuestion que ocupó á la diplomacia mas de tres años, en ambos campos importaba conocer lo que pensaba la corte de Munich, y hoy se puede decir, fundándose en documentos conocidos, que el proyecto de elegir para el trono imperial al elector de Baviera en ningun tiempo tuvo probabilidad seria de llegar á realizarse; no porque hubiese sido imposible atraer á este proyecto la mayoría de los votos de los príncipes electores, sino porque el mismo candidato no le aceptó de ninguna manera. El elector Fernando María, que poco antes había recibido el gobierno del electorado de manos de los tutores, era un jóven de capacidad mediana y de buena índole, sin grandes dotes ni grandes pasiones, al cual apenas pasajeramente le interesaba el brillo de la corona imperial. Le faltaban valor y ambición para repetir la empresa osada de Federico V del Palatinado, y además su justa opinion de la insuficiencia de su poder le aconsejaba renunciar á esta corona y decir que prefería ser un príncipe elector rico á ser un emperador pobre (2).

En la corte de Munich se pronunció por la eleccion con grande energía la jóven esposa del elector, la princesa Adelaida de Saboya, que había heredado de su casa la ambición política que le faltaba á su esposo. La princesa Adelaida, no escarmentada por la suerte trágica de la condesa palatina, Isabel Stuart, hizo cuanto pudo por repetir tocante á la Baviera el papel de esta condesa, y tanto en correspondencia como por medio de embajadas y valiéndose de su influencia directa sobre su esposo hizo, independientemente de todos, cuanto pudo á favor de la eleccion, aunque sin éxito (3). Un contrapeso eficaz á su influencia fué la de la madre del elector, María Ana, hermana del emperador Fernando III, que naturalmente trabajaba á favor de la casa de Austria. En el mismo sentido procedió el ministro mas influyente del jóven elector, el conde Maximiliano Khurtz, hermano del vice-canciller imperial Fernando Khurtz. Era éste

(1) Příbram prueba en su *Eleccion de Leopoldo*, pág. 14, que Francisco Egon de Furstenberg hizo al mismo tiempo traicion á la causa de Francia, comunicando los secretos de Mazarino á la corte imperial.

(2) Heide dice, pág. 33, que para subvenir á los gastos de la dignidad imperial, en el caso de elegir al elector de Baviera, podrían concedérsele siete ú ocho ciudades libres del imperio (1); pero por supuesto, esta fué una idea cualquiera que nadie tomó en serio.

(3) Véase Clarette: *Adelaida di Savoia e i suoi tempi* (Turin, 1877).

uno de los hombres de Estado mas influyentes en la corte de Viena, y había sido enviado á Munich en el verano de 1655 para escudriñar el espíritu de aquella corte respecto de la eleccion de emperador. En esta ocasion se convenció de que el jóven elector Fernando María era inaccesible á los esfuerzos de la diplomacia francesa y sueca, y de que la casa de Austria podia contar en esta cuestion con todo su apoyo (4). A pesar de las oscilaciones aparentes y de las influencias contrarias, continuó el gabinete de Munich en este espíritu favorable á los Habsburgos; é inmediatamente despues de haber empezado el interregno, anunció á nombre del jóven elector á la corte de Viena, en agosto de 1657, bajo la promesa de la mayor reserva, la seguridad decisiva de que no aceptaría el trono imperial y daría su voto á favor de la casa de Habsburgo (5). Algunos meses despues, en 12 de enero de 1658, se firmó un convenio secreto entre ambas cortes, en el cual se obligó el elector de Baviera á apoyar la eleccion del archiduque Leopoldo, el cual en cambio le aseguró su proteccion política.

Es, pues, evidente que la eleccion de un Habsburgo para el trono imperial no estuvo nunca expuesta á ningun peligro por la candidatura bávara; pero como todos aquellos arreglos entre Munich y Viena se conservaron bastante secretos, llamó la atencion de la diplomacia durante largo tiempo la contingencia de que pasara la corona imperial á la casa de Baviera. Entretanto en Viena no había temor ninguno de esta contingencia, tanto en vida del emperador Fernando III como despues, y se creía conseguir la eleccion del archiduque Leopoldo sin grandes dificultades tan luego como éste llegara á la mayor edad.

Fernando III murió á la temprana edad de cuarenta y nueve años en 2 de abril de 1657, dando lugar con su muerte á un interregno que duró mas de un año y durante cuyo tiempo el imperio se vió al parecer completamente libre para elegir un nuevo jefe.

En la corte de Viena no se disimularon que la nueva eleccion presentaría mas dificultades que las anteriores desde la de Carlos V. El dueño de los territorios y coronas de la rama habsburgo alemana, el jóven archiduque Leopoldo Ignacio, que dejó este segundo nombre sospechoso (6), había estado destinado á la carrera eclesiástica hasta la muerte de su hermano mayor Fernando IV y había sido educado en este concepto por el jesuita Nithard, que fué despues inquisidor general en España; mas viendo con la muerte de su hermano abierta delante de sí mejor perspectiva, renunció, al parecer de buena gana, á la carrera eclesiástica. Su padre, Fernando III, le había concedido todavía en vida suya las coronas reales de Hungría y de Bohemia. El jóven archiduque era físicamente débil, poco desarrollado, enfermizo y tímido, pero bastante instruido y no carecía de inteligencia; las personas que le conocían se hacían lenguas de su vida sencilla y de su pureza moral; por manera que si no se cifraban en él grandes y extraordinarias esperanzas, tampoco su carácter se prestaba á objeciones importantes (7). La única objecion que se hizo entonces fué la de su menor edad, porque cuando murió su padre el emperador, no tenía Leopoldo todavía

(4) W. Arndt, pág. 575.

(5) Heide: *La eleccion de Leopoldo*, pág. 30, donde se encuentra la carta del elector dirigida á Leopoldo.

(6) Alude sin duda el autor al nombre del fundador de la Compañía de Jesús. (N. del T.)

(7) Tocante á juicios de contemporáneos sobre el archiduque Leopoldo, véase Krone: *Manual de la historia de Austria*, tomo III, páginas 556 y 563. Interesante es la relacion del bibliotecario Dillherr, de la biblioteca de Nuremberg, respecto de una visita de Leopoldo y de su tío á aquella biblioteca, relacion que se encuentra en el *Teatro del Mundo*, de Job Ludolff (obra alemana), tomo III, pág. 935.

diez y siete años cumplidos; y si bien la bula de oro no contiene ninguna prescripcion respecto de la edad del candidato al trono imperial, se solía admitir que para ejercer la potestad imperial debía tener el candidato la edad de diez y ocho años, que era la admitida para el ejercicio de la dignidad de príncipe elector.

En la corte de Viena se meditó un momento si sería con-

veniente á los intereses de la casa de Austria que se pidiera para Leopoldo la corona imperial; porque entonces se estaba en tratos con la corte de Madrid para casarle con la hija mayor del rey Felipe IV, María Teresa, que despues fué esposa de Luis XIV, y como á la sazón no había nacido todavía un heredero varón de la corona de España, el proyectado casamiento ofrecía la perspectiva de una reunion de la mo-



La emperatriz María Ana; copia de un grabado de Juan Sadeler (1550-1600)

narquía de Carlos V. Atendida esta probabilidad, parecía natural que no se pudiese obtener la corona imperial para el soberano destinado á reunir otra vez las monarquías española y alemana austriaca; y para este caso se pensaba en procurar aquella corona para el tío del rey, el archiduque Leopoldo Guillermo. La corte de Viena se encontró, pues, en el caso de decidirse en su política ó por el casamiento español ó por la dignidad imperial, y no faltaban consejeros de mucho crédito en el gabinete, como el conde de Auersperg, que aconsejaron decidirse por el casamiento español; pero el jóven rey Leopoldo se decidió por la corona imperial que habían ceñido sus antepasados, y como era dudoso el éxito de las negociaciones en Madrid, el gabinete acordó luchar con todas sus fuerzas por la eleccion para el trono del imperio.

Del lado contrario emprendió la campaña el cardenal Ma-

zarino completamente pertrechado. Le pareció haber llegado el tiempo de quitar á los Habsburgos la corona imperial, y en este sentido dió las instrucciones á sus enviados en las cortes alemanas, diciendo que para lograr su propósito no retrocedería la Francia ante la guerra. En julio de 1657 envió, pues, bien provistos de recursos pecuniarios, al mariscal Gramont y al práctico diplomático Hugo de Lionne como embajadores y representantes suyos en el imperio, calculando los gastos de esta campaña diplomática en tres millones de francos, y aunque estaba apurado el tesoro francés escribió á Gramont: «El dinero estará dispuesto, aunque me quede yo en camisa (1).» Entonces creía Mazarino todavía en la posibi-

(1) Cheruel: *Histoire de France sous le ministere de Mazarin*, tomo III, pág. 100.



En los primeros meses de la lucha electoral pensó por lo mismo en excluir al candidato Habsburgo, el rey Leopoldo de Hungría y de Bohemia, ni tampoco estaba por la eleccion del de Baviera, que solo podria haber existido como protegido por la corona de Francia. Su candidato era entonces el archiduque Leopoldo Guillermo, en el cual se pensó tambien como hemos visto temporalmente en Viena. El elector de Maguncia consiguió inclinar á sus colegas eclesiásticos á esta candidatura, que sin posesiones territoriales, á lo mas podria haber recibido de su sobrino algun territorio austriaco si no reñia con él, lo cual era muy probable. Para el archicanciller y príncipe elector, Juan Felipe, habria sido este el candidato mas á propósito porque de esta manera estaba seguro de hacer al lado de semejante jefe el papel principal. Mas no fué posible elegir á un candidato que tenia contra sí al gabinete de Viena y que además no queria adelantarse á su sobrino, que tenia mas derecho á la sucesion.

Entonces se presentó á la mente del elector de Maguncia un proyecto mucho mas noble y brillante: el de interponerse entre los beligerantes y ajustar la paz con el aliciente de la corona imperial. Así lo habia conseguido en tiempo de Maximiliano I el elector Bertoldo de Maguncia á la cabeza de los miembros del imperio, colocándose entre el emperador y el rey Luis XII de Francia, y consiguiendo la pacificacion. ¡Qué gloria hubiera sido para el elector de Maguncia, y qué importancia europea le habria dado si lograba para el imperio el beneficio de la paz!

Desde el mes de setiembre de 1657 entró el elector en esta senda y declaró á los diplomáticos austriacos que apoyaria la eleccion de Leopoldo siempre que antes de la eleccion se hubiese hecho la paz entre España y Francia. Lo mismo dijo á los enviados del cardenal Mazarino, al cual prometió que si por culpa de España no pudiese hacerse la paz, él se opondria con todos sus medios á la eleccion de un Habsburgo. En efecto, consiguió que el gabinete francés diera oficialmente su consentimiento para que el colegio de príncipes electores bajo la presidencia del elector de Maguncia se encargara de la mediacion de la paz entre España y Francia antes de proceder á la eleccion del nuevo emperador.

El de Maguncia consiguió atraer á su propósito á sus colegas de Colonia y Tréveris, y si su consejero íntimo Juan Cristian de Boyneburg, que en estas negociaciones le sirvió, no merece las grandes alabanzas que mas adelante hizo de él Leibnitz, tampoco merecen él y su soberano las burlas que en nuestros tiempos se han hecho de ellos (1). Fué una tentativa inspirada por el patriotismo y la exageracion del mérito personal y del poder de parte del citado elector, y que no debe atribuirse ni á falta de criterio ni á debilidad de carácter. La tentativa no dió resultado; el colegio de príncipes alemanes no consiguió nada con su mediacion, y no hubo mas remedio que proceder á la eleccion del emperador sin haber podido dar la paz á Europa.

Entretanto se habian aumentado las probabilidades de buen éxito en la eleccion de Leopoldo; y para convencerse definitivamente de que nada habia que esperar del elector de Baviera, el gobierno francés envió á Munich en diciembre de 1657 al duque de Gramont, el cual pronto se persuadió del estado real de la cuestion; porque el ministro del elector, el conde Khurtz, despues de algunas negociaciones de pura comedia, contestó terminantemente que su soberano no aceptaba de ninguna manera los proyectos franceses. Gramont se retiró de Baviera diciendo de este tímido prin-

(1) Droysen: *Historia de la política prusiana*, tomo III, pág. 283; Guhrauer: *El electorado de Maguncia en la época de 1672* (Hamburgo, 1839), tomo I, pág. 89.

cipe elector que no se rompería el cuello corriendo tras la corona imperial. La política francesa quedó derrotada; al principiarse el año 1658 no quedaba ya duda ninguna de que el rey Leopoldo seria elegido emperador, y Mazarino, que no pensaba en cumplir su amenaza de echar mano á las armas para impedir la eleccion de un Habsburgo, procuró cercenar en lo posible el poder del nuevo imperante, deseo que era tambien el de la Suecia y de los príncipes electores alemanes. Para esto se ofrecieron dos medios: la capitulacion electoral y el establecimiento de la liga del Rin.

En abril de 1658 los príncipes electores reunidos en Francfort y los representantes de los ausentes empezaron á deliberar respecto de la capitulacion electoral que segun el uso habia de jurar el nuevo emperador. Esta obra requirió tres meses de negociaciones difícilísimas (2).

El cardenal Mazarino, mirando por el interés de la corona de Francia, insistió en que esta capitulacion diera todas las seguridades posibles para que el nuevo emperador no continuara facilitando á los españoles los auxilios militares que hasta entonces habian recibido del gobierno austriaco tanto en Italia como en Flandes. Este deseo era tambien el de los electores de Maguncia y de Colonia, y hubo debates prolongados y fastidiosos respecto de este artículo de la capitulacion. Se dieron votos en favor y en contra de lo propuesto por la Francia, pero finalmente decidió el punto á favor de ésta el voto del elector de Brandeburgo, cuyo interés era ganar la buena voluntad del gobierno francés y conseguir que el nuevo emperador pudiese disponer de todas sus fuerzas en la próxima lucha contra Suecia, lo cual no habria sido posible si no se le hubiese impedido enviar auxilios militares á los españoles en Italia y Flandes. Para hacer mas aceptable al nuevo emperador esta cláusula prohibitiva, se insertó en la capitulacion por pura fórmula un artículo de reciprocidad que imponia al gobierno francés la observancia de la misma neutralidad respecto del emperador. De esta manera entró en la capitulacion el famoso artículo 14, que obligaba al nuevo emperador á abstenerse de toda participacion en la guerra franco-española en los Países-Bajos y en Italia, segun lo exigian tambien evidentemente los intereses del imperio. Verdad es que por otro lado todo el mundo comprendió que este artículo favorecia principalmente y ante todo á la Francia, que en adelante solo tenia enfrente la España. Mazarino, que no habia podido impedir la eleccion de un Habsburgo, habia logrado por lo menos la separacion material de las dos ramas de esta casa, la de España y la de Alemania.

Para el rey Leopoldo y para sus consejeros fué algo duro este artículo de la capitulacion electoral; pero deseando el gabinete de Viena llevar la eleccion á cabo, en 15 de julio de 1658 anunció oficialmente que aceptaba la capitulacion y en su consecuencia fué fijado el día de la eleccion, pues entretanto el joven Leopoldo habia llegado á su mayor edad. En 18 de julio, despues de un interregno de quince meses fué elegido en Francfort por unanimidad el nuevo emperador con las solemnidades acostumbradas: tenia entonces diez y ocho años de edad. Desde aquel día llevó Leopoldo I la corona imperial casi por espacio de medio siglo.

El interregno, además de la cuestion principal que era la eleccion de un nuevo emperador, habia suscitado otras cuestiones de menor importancia, una de ellas la del vicariato á que habia dado lugar la muerte de Fernando III, cuestion que era otra prueba de la poca solidez de la organizacion del imperio alemán.

La Bula de oro disponia, como se sabe, que en las vacan-

(2) Para las negociaciones véase Heide, pág. 52.